Prefacio

Sin duda la muchacha muestra
un espíritu fiero (...) Todavía no sabe rendirse
ante circunstancias adversas.

Ancianos de Tebas sobre Antígona
en la *Antígona* de Sófocles

Algunas personas pueden dejar pasar las cosas.
Yo no puedo.

Greta Thunberg[1]

De niña tuve la suerte de leer un libro titulado *Tales of the Greek Heroes* [Cuentos de los héroes griegos]. Me fascinó. Nadie como los dioses y los mortales de la mitología antigua para representar el poder y la rebeldía, el amor y el odio. Me encantó saber que los ojos que los pavos reales tienen en su cola están ahí porque cuando un gigante amante de Hera, la reina de los dioses, fue asesinado, ella le arrancó sus cien ojos y los puso como homenaje en su pájaro favorito. Me sigue ma-

ravillando cómo los mitos nos brindan nuevas maneras de mirar el mundo.

Lo que hace que un mito sea un mito, y no solo una historia, es que se ha contado una y otra vez a lo largo de los siglos y ha llegado a cargarse de significado para una cultura o comunidad.[2] Los mitos griegos y romanos se han engastado en nuestra cultura y son una parte influyente de esta. Constituyen los cimientos y los andamios de las creencias que modelan nuestra política y nuestra vida. Los mitos pueden ser limitadores y destructivos, pero también estimulantes y liberadores.

El mito de Antígona, contado por el dramaturgo griego Sófocles, es uno de los mitos griegos más conocidos y uno de los más significativos para el feminismo y para la política revolucionaria.[3] Antígona se ha convertido en un icono de la resistencia. Representa el enfrentamiento de la convicción personal a la ley del Estado; el decir la verdad ante el poder.

Antígona se empeña en enterrar a su hermano Polinices, a quien matan mientras lucha contra Tebas, la ciudad de Antígona, a pesar de que su tío Creonte, gobernante de Tebas, prohíbe expresamente el entierro y le impondrá la pena de muerte por su osadía. Antígona, una niña de no más de 13, 14 o 15 años, se enfrenta a un adulto poderoso, algo que ni siquiera su hermana se atreverá a hacer y que los ciudadanos de Tebas temen demasiado. Antígona también desafía la autoridad masculina y se encara a la actitud de Creonte, que insiste en que las mujeres son inferiores a los hombres y que los hombres de-

ben gobernar sobre ellas. Antígona es vulnerable y está aterrorizada, pero eso no le impide incumplir la ley.

Antígona se representó por primera vez en Atenas en el año 442 a.C. (o eso se cree). Hoy se representa en todo el mundo; desde el año 2016 se está representando, con una nueva intencionalidad, en Ferguson, Missouri, y en la ciudad de Nueva York. *Antigone in Ferguson* fue concebida por Bryan Doerries tras el asesinato de Michael Brown Jr., de 18 años, a manos de un oficial de policía en 2014, en Ferguson. La obra consiste en una lectura teatralizada de una adaptación de la obra de Sófocles, seguida de un debate con miembros de la comunidad, agentes de policía y activistas sobre justicia social y raza.[4]

¿Por qué no escribir simplemente una obra sobre la muerte de Michael Brown? ¿Por qué recurrir a *Antígona* para analizar esta tragedia? Parte de la respuesta debe ser que utilizar el mito nos permite explorar situaciones extremas sin arriesgarnos a la dureza de dramatizar los acontecimientos concretos de la muerte de un joven. Esta fue la razón por la que los antiguos griegos recurrieron a la mitología como material para sus tragedias: cuando se habían representado obras sobre sucesos contemporáneos, el público las había encontrado demasiado dolorosas. Los mitos griegos también analizan temas difíciles sobre abusos de poder y debilidades humanas. El poder indagar en cuestiones como en qué consiste un buen liderazgo o cómo resistir ante el fascismo del estado permite al público reflexionar sobre esos temas y relacionarlos con hechos locales concretos, pero alejado de estos.

Relacionado con lo anterior es lo que el novelista Ralph Ellison llamó *ampliación*: los mitos amplían a las personas y los personajes literarios cuando se les superponen atributos y logros de las figuras de las leyendas antiguas.[5] Como explica el profesor Patrice Rankine, Ellison presentaba a sus personajes como figuras de mitos antiguos lo cual le permitía construirlos «desde el exterior de un marco contemporáneo limitado». Esto les daba «posibilidades [que] trascendían las limitaciones que la sociedad les imponía».[6] Ver un personaje o a una persona con una visión dual, como uno mismo y en el papel de una figura de un mito, da al lector una perspectiva mejorada mediante la cual entenderlos.

Una iniciativa dirigida por uno de mis colegas, Michael Morgan, es una buena ilustración de lo anterior. El proyecto Odyssey consiste en dar una clase sobre el mito del viaje de regreso de la guerra del héroe griego Ulises a jóvenes y estudiantes universitarios encarcelados.[7] En la clase se pide a los estudiantes que se fijen en cómo los episodios del mito resuenan con su propia experiencia. A los alumnos les parece una idea potente que Ulises cometa errores terribles con consecuencias devastadoras para su tripulación, pero que siga siendo un héroe y logre volver a casa, después de muchos años. Quizás pueden parecérsele o hacer algo similar si se ven a sí mismos como Odiseo (o Telémaco o Circe, hay muchas posibilidades). Usar el mito para ampliar su vida ofrece a los estudiantes un sentido diferente de quiénes son y de lo que pueden lograr.

En el mito de Antígona nadie tiene un buen final, pero vamos a dejar ese problema para la última parte del libro. De momento quiero insistir en el valor y la resistencia del personaje de Antígona, que lo arriesga todo por una causa en la que cree y se niega a dejarse intimidar por políticos poderosos, o por lo que alguien piense. El espíritu de Antígona vive en Iesha Evans, fotografiada de pie y firme en su delicado vestido veraniego frente a una fila de agentes de policía con equipo antidisturbios en un protesta de Black Lives Matter en Baton Rouge. Vive en Malala Yousafzai, que hizo campaña por los derechos de las niñas de Pakistán a recibir educación, a pesar de que era peligroso infringir la ley de los talibanes (que intentaron matarla, sin lograrlo, en 2012). Y vive en la firme oposición al cambio climático mostrado por Greta Thunberg, quien, a los 16 años, siguió su huelga escolar para protestar frente al Parlamento sueco: otrora figura solitaria con un cartel de cartón, hoy el estímulo para un movimiento global.

El escenario de «niña contra el mundo» tiene un atractivo glamuroso; nos gusta ver cómo triunfa el desvalido. La Antígona de Sófocles se enseña a menudo en los institutos de secundaria de los Estados Unidos, y cada vez que hablo de la obra en las escuelas locales, los estudiantes siempre se ponen de parte de Antígona. Es una heroína, dicen, y Creonte es un fascista absoluto que se merece todo lo que le pasa.

Es poco probable que el público original de la obra fuera tan parcial en sus simpatías. Seguramente, los griegos eran más críticos con Antígona, una joven que hablaba y actuaba como

le daba la gana, aunque también muchos debían de reconocer las faltas del rey, Creonte.

Según un texto médico de la época titulado *On the Diseases of Virgins* [Sobre las enfermedades de las vírgenes], se creía que las niñas en la situación de Antígona, lo bastante mayores para contraer matimonio, pero que aún no se habían casado, estaban enfermas.[8] Se volvían locas y tenían visiones de la muerte. En *Antígona*, Antígona anhela la muerte; imagina obsesivamente su propia muerte y nos dice que le da la bienvenida. La obra también presta mucha atención a que no se ha casado, aun teniendo edad suficiente para ello. El nombre de Antígona es una pista: puede significar «contra» (*anti*) y «procreación» (*gonē*). El texto médico nos da un nuevo marco en el que entender la resolución de Antígona. En lugar de verla como una heroína decidida a hacer lo correcto, incluso a riesgo de ser ejecutada, ahora la vemos como si mostrara síntomas de la «enfermedad de las muchachas jóvenes», disfuncionales, desquiciadas, locas.

A veces, simplemente yuxtaponiendo lo antiguo y lo moderno nos revela perspectivas nuevas e inesperadas. El comportamiento de Greta Thunberg también se ha calificado de patológico: ha sido criticada y menospreciada por tener síndrome de Asperger, lo cual, según dicen los críticos, la ha expuesto más a la explotación por parte de otros. Pero la propia Thunberg ha contado que tener Asperger la ha ayudado con su activismo: es un regalo que le «permite ver las cosas desde perspectivas diferentes».[9] No ha dejado que la definieran ne-

gativamente, sino que ha convertido su patología en algo positivo. Quizás también nosotros podemos adoptar este enfoque de Antígona. Podemos entender su locura y su disfunción, como algunos antiguos lo habrían considerado, como si le diera a Antígona una cierta ventaja política, como si se le permitiera no temer a la muerte y como si le alimentara su resolución. A través de esta lente, los mitos antiguos no solo amplían las historias humanas; las figuras y los acontecimientos modernos también pueden invitarnos a ver los mitos antiguos desde nuevas perspectivas.

Para los antiguos griegos y romanos, los dioses eran más que personajes emocionantes. Eran muchos los que los adoraban y se tomaban muy en serio los rituales religiosos.[10] Pero hay una diferencia crucial entre la antigua práctica religiosa griega y romana y las principales religiones que se practican hoy en día. A diferencia de nuestras religiones monoteístas, como el cristianismo, el islam y el judaísmo, la religión griega y la romana eran politeístas. Zeus o Júpiter (como lo llamaban griegos y romanos, respectivamente) era el dios más poderoso de todos, y lo prudente era no ponerse del lado equivocado de su rayo, pero todos los dioses exigían ser adorados, y no existía ningún texto o mandamiento religioso que seguir. (Cuando Antígona apela a las leyes eternas y no escritas, no está claro a qué se refiere, lo cual es parte del problema).

De esto se derivan un par de factores clave. El primero es que las narraciones mitológicas se convirtieron en una manera de pensar sobre complicados dilemas morales. Esto también

los hace útiles para nosotros; seguimos volviendo a los mitos griegos y romanos precisamente porque se alejan de las historias simples de «el bien contra el mal», desde los cuentos de hadas hasta las películas de Disney, que constituyen una parte tan importante de nuestra cultura. En segundo lugar, los mitos, sobre todo los que se cuentan en la poesía y el teatro épicos, eran ampliamente conocidos y tenían autoridad. La población griega y romana, la culta por entero y gran parte de la inculta, conocían a su Homero. Nosotros no tenemos nada parecido: cuando pregunté en mi clase de 700 alumnos cuál era para ellos el libro más conocido, no respondieron que la Biblia, el Corán, Shakespeare o Walt Whitman, dijeron el Dr. Seuss.

La autoridad cultural de la épica y la tragedia continuó a través del advenimiento del cristianismo como religión principal. Los textos cristianos a menudo reescribían los mitos griegos y romanos dándoles un mensaje diferente. La mitología, griega y romana, y la antigüedad clásica en general han tenido una enorme influencia en la cultura occidental y más allá.[11] Por antigüedad clásica me refiero al período en que las culturas griega y romana florecieron en el territorio que ahora llamamos Europa, el norte de África y el Asia occidental, desde el siglo VIII a.C., cuando los poemas épicos de Homero se cantaron por primera vez, hasta el siglo V d.C., cuando comenzó lo que hoy denominamos la Edad Media. (Soy completamente consciente del salto a través del tiempo y el espacio y de lo imprecisos que pueden ser los términos *griego* y *romano*). La historia intelectual, y con ello me refiero a los princi-

pales filósofos, novelistas, teóricos, dramaturgos, políticos y otros pensadores desde la antigüedad hasta hoy, nunca ha dejado de basarse en los mitos griegos y romanos. Eso significa para nosotros que entrar en conversaciones de carácter filosófico, histórico, artístico y político, la mayoría de las veces, implica enlazar con ideas y argumentos de las antiguas Grecia y Roma.

El propósito ideológico de estas conversaciones ha variado ampliamente. La antigüedad clásica se ha utilizado para justificar el fascismo, la esclavitud, la supremacía blanca y la misoginia. También ha desempeñado un papel fundamental en el idealismo político, y ha inspirado, de diversas maneras, a los padres fundadores (e influido en las declaraciones fundamentales como la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos), los movimientos sindicales, el marxismo y el movimiento por los derechos de los homosexuales.[12] Como escribe el historiador de la antigüedad clásica Neville Morley, en su libro *Classics: Why It Matters*, «Siempre hay una lucha por su propiedad y por quién los reivindica y los define».[13] Así pues, tal vez tenemos que comprender mejor de qué manera los mitos griegos y romanos de la antigüedad, y sus personajes, pueden ser reivindicados y definidos por todas las personas que queremos resistir ante el movimiento actual hacia un mayor control patriarcal y que trabajamos para hacer de este mundo un lugar más equitativo, empático e iluminado.

Este libro une dos partes de mi vida: mi yo profesional y mi papel como madre. Llevo más de 25 años investigando y ense-

ñando mitología antigua en universidades de Inglaterra y Estados Unidos. Gracias a enseñar los mitos a mis alumnos me he dado cuenta de lo poderosas que pueden llegar a ser estas historias y de que leerlas desde una actitud crítica y creativa nos empodera. Desde luego, contar nuevas historias es esencial, pero ver nuestro mundo a través de la lente de los mitos antiguos también es valioso.

Por otra parte soy madre de una hija adolescente, Athena. Ella y sus compañeros han estudiado la antigua Grecia y sus mitos y cultura, pero sin darse cuenta de que lo que estaban aprendiendo era muy importante para su vida hoy, más allá de unas nociones vagas sobre la herencia de la democracia. Este libro se fue forjando a partir de mis intentos por explicarle a Athena que los temas que les preocupaban a ella y a su grupo de amigos —la seguridad de las niñas, los códigos de vestimenta en la escuela y la dieta, así como lidiar con un cambio de clima político en el que se restringían sus libertades y se revertían las protecciones ambientales— se sustentan todos en narrativas culturales. Uno de los pilares de este andamio ideológico es la mitología clásica. Una parte del empoderamiento y de la lucha implica comprender estos mitos y su impacto cultural, y emplearlos en nuestro propio beneficio. En cada uno de los capítulos, la relación entre lo antiguo y lo moderno es diferente. En algunos, ocupan un lugar central textos griegos y romanos concretos: *Lisístrata* de Aristófanes, *Antígona* de Sófocles, y las *Metamorfosis* de Ovidio. Veremos cómo se han leído, y mal leído, dichos textos, para servir (o dificultar)

agendas progresistas. En el capítulo sobre la dieta se argumenta que el médico griego Hipócrates ha sido mal comprendido y mal citado en la literatura médica y en los textos modernos sobre dietas: aquí la relación entre lo antiguo y lo moderno es concreta y clara, puesto que lo moderno se apropia de lo antiguo de modos que son especialmente perjudiciales para las mujeres. Este capítulo y el que trata del control sobre las mujeres también nos dan información sobre actitudes ancestrales hacia ellas, más allá de lo que se puede deducir a partir del mito.

En el primer capítulo, y en el capítulo sobre los códigos de vestimenta escolar y la vigilancia de la vestimenta de las mujeres por las «mujeres controladoras» de la antigua Grecia, la relación entre lo antiguo y lo moderno es más flexible; se trata más de una relación lógica que de una influencia directa. O, para decirlo con otras palabras, la influencia directa a través de franjas de tiempo y espacio es difícil de cartografiar. A veces es imposible rastrear los orígenes precisos de una idea o de un comportamiento en la Grecia o la Roma antiguas, pero la mayoría de las veces ocurre que no tenemos ni idea de si algo se originó allí, o si les fue transmitido desde otra cultura, o incluso de si en realidad tuvo muchos orígenes diferentes.[14] El objetivo de este libro no es rastrear genealogías históricas con precisión; sí lo es reconocer patrones culturales consolidados.

La segunda mitad del libro está dedicada a considerar las maneras distintas y sorprendentes en que la superestrella Be-

yoncé, el novelista Ali Smith y la justiciera asesina mexicana Diana, la cazadora de conductores de autobús, han reinventado los mitos antiguos convirtiéndolos en actos de resistencia: resistencia ante mitos misóginos, trillados y dañinos, incluidos los racistas y los transfóbicos.

Estas recreaciones de mitos antiguos preguntan una y otra vez: ¿De quién es la antigüedad clásica? ¿De quién es la cultura? La respuesta: son nuestras.